Los empeños de Sor Juana

Señor, bien veo que mejor se debería callar
Cristina de Pisán

Las guías de viaje casi nunca nos advierten que los monumentos ilustres merecen el rodeo de la espera. Y sin embargo, es tal la opacidad de la historia, que el acercamiento a sus testimonios más suntuosos sería ilusorio sin una íntima renuncia. La inmersión de la conciencia —continuamente acosada por su propia disonancia y por el estruendo universal— en lugares de una radical extrañeza nunca hará buenas migas con el principio de la visita cronometrada. Nuestro siglo ha hecho de la rapidez y la «comunicación» virtudes cardinales; en cambio, los grandes arquitectos del pasado no olvidaban nunca que las piedras angulares, en la resistencia de los materiales, son el peso del tiempo y las alas del silencio.

Algunas obras literarias manifiestan de entrada la misma resistencia fundamental; no porque en su frontón lleven inscrita en filigrana la advertencia del filósofo: «No entre quien no sepa geometría», sino porque exigen del lector un lento y largo aprendizaje. Esto es especialmente válido para la obra de sor Juana Inés de la Cruz y la sociedad que la vió nacer: la Nueva España del siglo XVII. Para la restitución tanto de la una como de la otra, hacía falta un poeta a la vez historiador: Octavio Paz ha demostrado que esta combinación no era necesariamente contra natura. En la obra titulada *Sor Juana Inés de la Cruz* o *las trampas de la fe*[1], el escritor mexicano nos da las claves de una época y del universo imaginario de esta religiosa-mujer de letras que ya en su época recibió el apelativo de la Décima Musa y fue celebrada tanto en Europa como en América.

Múltiples líneas de fuerza atraviesan la obra de Octavio Paz, pero es posible señalar tres temas dominantes: la historia del México colonial a través de la biografía de sor Juana; el análisis de una obra poética que es, sin lugar a dudas, una de las cumbres del concierto barroco; por último, la crónica de un destino poco común: el de una mujer que no fue sólo la última musa (temporalmente), sino la primera feminista de América.

[1] *O. Paz,* Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe. *El libro apareció en francés al mismo tiempo que una selección de textos de Sor Juana:* El Divino Narciso.

Muchos críticos han señalado el aspecto colosal de la investigación emprendida por Octavio Paz —modelo de biografía literaria, de crítica histórica y de hermenéutica—. Y muchos comentadores no han podido ocultar su sorpresa ante la riqueza y la complejidad de los virreinos del Nuevo Mundo. Hemos adquirido la lamentable costumbre de reducir América Latina a una serie de rasgos folklóricos y siniestros lugares comunes: miseria, ignorancia, violencia, corrupción, represión. Las *realia* del siglo XVII estaban muy lejos de estos siniestros tópicos periodísticos: Nueva España era más próspera y civilizada que, por ejemplo, Nueva Inglaterra, y Boston, comparado con Puebla, no era más que un modesto burgo.

En cambio, el estilo de sor Juana nos resulta mucho más familiar. Aunque es en el barroco donde la psicología criolla encontró un terreno privilegiado, la poesía de la religiosa despierta múltiples ecos. Es como una galería de espejos donde vemos reflejarse a Góngora y a Gracián, a Marino y Guido Casoni, John Lily y Agrippa d'Aubigné; la pincelada de Rubens y los cuadros de su equivalente dramático: el teatro de Vondel. La obra poética de sor Juana se inscribe en uno de los grandes movimientos de la literatura occidental, el denominado, según las latitudes, marinismo, eufuismo o gongorismo. Pero la fascinación por la muerte, una de las características del barroco, no podía dejar de exacerbarse en el injerto americano de la tradición española. «Piramidal, funesta, una sombra» se aparece en el *incipit* del *Primero sueño*, uno de los poemas más logrados de sor Juana. La conciencia de la falta, del pecado original, toman en México una dimensión particular, no solamente en la mentalidad de los mestizos (que forman la inmensa mayoría de la población), sino también en la de los criollos y los indios[2]. Trasladado al antiguo imperio azteca, el barroco no fue sólo la sombra proyectada de España: se convirtió en un *precipitado* del espíritu mexicano.

El largo poema *Primero sueño* merecería por sí solo un lugar de honor en la historia de la poesía barroca y preciosista. No es éste sin embargo mi propósito. La personalidad de sor Juana nos interpela de forma mucho más aguda en virtud de la exigencia y la determinación que la sostuvieron a lo largo de toda su vida. En efecto, aunque sor Juana haya cuidado su imagen literaria, su primera reivindicación no fue el derecho al reconocimiento en tanto que mujer de letras, sino el *derecho al conocimiento en tanto que mujer*. Nadie como ella, en esa época, dio testimonio de semejante resolución, acompañada de semejante ardor, de tan gran talento, de tan hermoso valor. Por eso me ha parecido interesante detenerme en la Respuesta a *Sor Filotea de la Cruz*, el primer manifiesto feminista de la historia de Occidente[3]. Este texto, de unas cuarenta páginas, es el testamento intelectual de sor Juana.

[2] *Cf. el ensayo fundador de Octavio Paz,* El laberinto de la soledad, *y, en particular, el análisis del «malinchismo» (por Malinche, la amante-intérprete india de Cortés, la chingada - la madre violada).*

[3] *«Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz».*

Para comprender el alcance de la *Respuesta*, es indispensable ubicarla en su contexto, resumiendo las principales etapas de la vida de Sor Juana.

Nacida alrededor de 1650, en un pueblo situado al pie del célebre volcán de Popocatépetl, sor Juana es la hija natural de Pedro de Asbaje, probablemente de origen vasco, y de Isabel Ramírez, de origen castellano. La educaron su madre y su abuelo materno, pues no conoció a su padre. A los nueve años, fue confiada a una hermana de su madre que se había casado con un hombre influyente y vivía en México. A los dieciséis, ingresa en la corte como dama de compañía de la marquesa de Mancera, virreina de Nueva España. Se sabe que la futura profesa brillaba en palacio tanto por su inteligencia como por su gracia, y que no le faltaban galanes. Pero, negándose a ser «un muro blanco donde todos quieren garabatear», entró en el convento de San Jerónimo (un nombre predestinado) a la edad de veintiún años. «Entréme religiosa», se lee en la *Repuesta*, «porque aunque conocía que tenía el estado cosas (...) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto (...) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran de querer vivir sola». Mucho se han glosado (incluso enfatizado) los móviles de este retrato y, como es usual, el psicoanálisis tipo *prêt-à-porter* no ha dejado de aportar sus revelaciones dignas de revistas especializadas. Pero, más allá de las hipótesis y las elucubraciones, hay dos puntos indiscutibles: por una parte, las reglas de la vida conventual eran muy laxas, y la clausura, bastante relativa; la celda era en realidad un apartamento (con criadas) donde se recibía, se discutía de filosofía, se recitaban versos, se escuchaba música, donde se encontraba, sobre todo, tiempo para leer: sor Juana llegará a reunir más de 1.500 volúmenes. Por otro lado, la joven mexicana no tenía padre ni dote: ¿acaso tenía elección? Mucho antes que Virginia Woolf, había comprendido que, para asegurarse su autonomía, una mujer necesita «una habitación propia y cinco mil libras de renta»[4]. La vida monástica le procuraba la habitación y la aliviaba de la carga más detestable: las *phynances**, como escribía Jarry.

El virrey y su familia, clérigos y seculares frecuentaban el convento. Se ofrecían espectáculos de danza, representaciones teatrales, y era una época en la que se cortejaba a las monjas. Así, desde su celda, sor Juana participa en la vida literaria y mundana de México. Lleva a cabo una intensa actividad creadora, escribe tanto para la Iglesia como para la corte, para las grandes fiestas religiosas y profanas. Su obra no sólo es abundante, sino también variada: sonetos, décimas, *romances, loas, villancicos***; comedias, tratados de música, reflexiones sobre moral. Compone

[4] *Virginia Woolf,* Una habitación propia.

* *Juego de palabras con* Finances, *finanzas. Nota del t.*

** *En español en el original.*

tanto un auto sacramental como el *Divino Narciso*, como poemas cortesanos o textos de circunstancias, como el *Neptuno alegórico*[5] —y se puede afirmar que sobresale en esta manera de *stile rappresentativo* que los Caccini y Monteverdi habían preconizado en los orígenes de la ópera. Multiplica también los poemas de amor, ardientes como la nieve: «El amor puro, sin deseo de indecencias, escribe, puede hacer experimentar lo mismo que se experimenta con el amor más profano». Por último, envía miles de cartas a destinatarios de España y de América latina. Enseguida se hace célebre: muchas ediciones de sus obras aparecerán durante su vida y serán comentadas tanto en Madrid como en México, desde Portugal a Perú y hasta Filipinas.

Sin embargo, más allá de los éxitos mundanos y de todos los retablos de retórica barroca, la verdadera pasión de sor Juana es el saber, la interrogación sobre el mundo. Ahora bien, como indica Octavio Paz, «este nuevo tipo de conocimientos» (el saber que encuentra su fin en sí mismo) «era imposible en el marco de los presupuestos de su universo histórico». Por decirlo muy simple y sucintamente, había un conflicto insoluble entre la vida religiosa y la vida intelectual. Durante una veintena de años, a fuerza de tacto, prudencia y habilidad, sor Juana llega a asegurarse numerosos protectores (tanto en palacio como entre los dignatarios eclesiásticos) y a encontrar un compromiso, un equilibrio, entre las exigencias de su profesión de fe y las de su vocación como escritora. Y de repente, en el espacio de dos años (1690-1691) todo se va a volcar.

En 1690, el obispo de Puebla, editor y amigo de sor Juana publica la *Carta atenagórica*[6], la única obra teológica de la religiosa. Se trata de una crítica al sermón, por entonces célebre, que el jesuita portugués Antonio de Vieyra había consagrado a los «favores de Cristo». Frente a la opinión de San Agustín, de Santo Tomás de Aquino y de San Juan Crisóstomo, el padre Vieyra afirmaba que la mayor *fineza* de Cristo no era «permanecer con nosotros en la Eucaristía», sino más bien «ocultarse en ella». «Cristo, en el sacramento del altar, aunque esté en él corporalmente, no posee ni el uso ni el ejercicio de los sentidos.» Ausentándose de nosotros, el Verbo muestra que su mayor fineza era «amar sin correspondencia».

Sor Juana no lo entiende así. Apoyándose en una argumentación tan rigurosa, incluso tan acrobática que produce vértigo, la poetisa sostiene finalmente que el mayor beneficio de Cristo reside en los «beneficios negativos». En efecto, concluye, debemos «agradecer y celebrar esta atención del Divino Amor en el que la recompensa es ventaja, el castigo es ventaja y el hecho de suspender las ventajas, la mayor de las ventajas —la de no tener fineza, la mayor de las finezas». En otras palabras: la mejor acción de Dios consiste en no ocuparse de nosotros, en abandonarnos,

[5] *Narciso, Neptuno: el agua, el reflejo, el doble; el movimiento y el claroscuro*, dos topoi barrocos. *Cf. Jean Rousset*, L'intérieur ét l'extérieur, Essais sur la poésie et le théatre au XVII siècle, *Paris, Corti, 1976.*

[6] Carta atenagórica o crisis sobre un sermón. de la madre Juana Inés de la Cruz, religiosa del convento de San Jerónimo de la ciudad de Méjico, en que hace juicio de un sermón del Mandato que predicó el Reverendísimo P. Antonio de Vieyra, de la Compañía de Jesús, en el Colegio de Lisboa, *recogido en* Obras selectas, *Barcelona, Noguer, 1976.*

porque así aumenta nuestra libertad. Esta vez, sor Juana rozaba la herejía, hasta tal punto que incluso su editor se alarmó.

Aunque el obispo de Puebla no compartiera las opiniones de su protegida, tampoco era un censor: publica el texto de sor Juana *in extenso*. Sin embargo, en una carta-prefacio escrita bajo el pseudónimo de sor Filotea de la Cruz, tras haber cubierto de elogios la prosa de la religiosa, señala su total desacuerdo con la idea de «beneficios negativos». Y más: condena el saber profano y lamenta que «una tan grande inteligencia trate de modo tan exhaustivo las cosas de la tierra, hasta el punto de no desear profundizar en lo que pasa en el cielo; humillada sobre el suelo, como está, no descienda más abajo, para ir a ver lo que pasa en el infierno»... El principio que subyace en el razonamiento del prelado no nos sorprende: «la ciencia que no ilumina para salvarse, Dios la califica necedad (disparate)». A pesar de que el prefacio es amistoso y cálido, el obispo, esta vez, puso los puntos sobre las íes.

Publicada en noviembre de 1690, la *Carta atenagórica* levantó un clamor de indignación en el seno del clero, y la polémica llegó hasta Europa. Pero no es éste el lugar de insistir en ello. El hecho es que cuatro meses más tarde, el 1 de marzo de 1691, Sor Juana envía su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*. El texto no será publicado hasta 1700, cinco años después de la muerte de su autora, pero circuló mucho bajo la forma de copias manuscritas. A medio camino entre las memorias y el alegato *pro domo*, es el último escrito importante de Sor Juana y en él quema todas las naves.

El inicio de la *Respuesta* es francamente pesado: ¡cuántas reverencias obsequiosas, preámbulos y precauciones oratorias! Después, el aburrimiento del lector deja lugar a un malestar: tenemos la impresión de que Sor Juana está todavía indecisa, que duda en defenderse[7]. Y de repente el estilo se hace directo y familiar, a pesar de las innumerables citas en latín. La autora da la espalda a la escena barroca y nos ofrece, con tanto fervor como simplicidad, su autobiografía intelectual. La primera firmada por una mujer.

Para asentar sólidamente su defensa, sor Juana invoca la ignorancia y la debilidad que se atribuyen generalmente a su sexo. Si no ha escrito antes sobre asuntos religiosos, afirma, es porque no se sentía suficientemente instruída. Se refiere, además, a la opinión de su Santo Patrón, el venerable padre San Jerónimo, que aconsejaba estudiar en último lugar, pasados los treinta años, el *Cantar* y *Génesis;* porque de otro modo «la oscuridad y la dulzura de aquellos epitalamios» pueden ofrecer «ocasión a la imprudente juventud de mudar el sentido en carnales afectos». A partir de aquí, el gusto de la religiosa por el estudio se justifica plenamente: por una parte,

[7] *«...casi me he determinado a dejarlo al silencio», se lee en la pág. 491 de* Obras escogidas de Sor Juana Inés de la Cruz, *Bruguera, Barcelona, 1979 (2ª edición).*

escribe, «yo no estudio (...) sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos»; por otra, sostiene que es Dios quien le «ha hecho merced de un grandisimo amor por la verdad». Sor Juana invierte la perspectiva: nunca ha estudiado o escrito por placer (todavía menos por la gloria), sino por obediencia y por intentar colmar su ignorancia.

Este modelo de réplica estratégica es seguido de una obra maestra intimista, sin duda la parte más emocionante de la *Respuesta* —y uno de los florilegios de la obra de sor Juana. Explica cómo y cuándo empezó su instrucción. Así, no tenía «todavía tres años» cuando acompañó a una de sus hermanas a la escuela «tanto por cariño como por travesura», pero inmediatamente se «encendió de manera en aprender a leer», para lo que se muestra enseguida capacitada. Habiéndose enterado «entre los seis y siete años» que había en México universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias, quiso acudir a ellas para asistir a los cursos de enseñanza superior. Ante la oposición de su madre («no lo quiso e hizo muy bien»), sor Juana se consoló leyendo los «muchos libros varios» de su abuelo. Desgraciadamente, no cita ningún titulo.

Antes de enumerar las distintas materias que abordó sor Juana, sería una lástima no señalar la penetración psicológica y la maestría literaria de las que da pruebas. Aquí, basta de oropeles —y casi no hay citas: la frase es ligera, ágil, aérea. El estilo es el propio de la pasión de aprender: solar y *jubiloso*. Y los ejemplos concretos de disciplina cotidiana son un tesoro de frescura. Así, dice «siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud—, es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba antes, e imponiéndome ley de que, si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza». Por desgracia, precisa inmediatamente (y el lector tiene verdaderamente la impresión de *oírla hablar*) «el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio». Del mismo modo, se abstenía de comer queso porque «oí decir que hacía rudos ...» Y, aún más, dará un tercer ejemplo, pero en un tono menos jovial: habiendo adquirido la costumbre de visitar a sus hermanas de convento para consolarlas o «recrearme con su conversación», se vio enseguida obligada, para no descuidar sus estudios, «a no entrar en celda alguna» más que si se veía «obligada por obediencia o caridad». Estos ejemplos, aparentemente ingenuos, no tienen nada de inocente: conscientemente o no, Sor Juana responde a tres críticas que se dirigen a menudo a las mujeres: narcisismo, glotonería y charlatanería.

Pero volvamos a la armadura de la *Respuesta*, es decir, del alegato. Sor Juana nos presenta el saber en forma de pirámide[8], en cuya cúspide se

[8] *Era una lectora asidua del jesuita «egiptómano» Athanasius Kircher, y además le interesaban mucho las antigüedades mexicanas.*

encuentra la «Sagrada Teología». Esto le va a permitir justificar todo su aprendizaje. En efecto ¿cómo comprender «las figuras, los tropos, las locuciones» de las Santas Escrituras sin estudiar retórica? ¿Como descifrar el gran Templo de Salomón «donde no había basa sin misterio, columna sin símbolo, cornisa sin alusión, arquitrabe sin significado» si no se está versado en arquitectura? ¿Cómo aprehender las proporciones armónicas de la Biblia sin abrirse a la música? Y todas las disciplinas desfilan, una tras otra: gramática, lógica, física, aritmética, geometría, historia, derecho, astrología, mecánica. Pero la *ultima ratio* de todas estas ramas del saber (o, más exactamente, de todos estos grados) no es otra que la Biblia: se trata de «comprender el Libro que comprende todos los libros, la ciencia en que se incluyen todas las ciencias». El propio estudio de las letras profanas y paganas debe ayudar a interpretar mejor las costumbres, giros y proverbios que se encuentran en el Antiguo y el Nuevo Testamento, empezando por los pilares del templo clásico: Homero y Virgilio.

No hay que ver en este inventario un pretexto de la religiosa para hacer brillar su saber; es más bien al contrario: «se sigue que he estudiado muchas cosas y que nada sé». Sor Juana lamenta vivamente no haber tenido profesores o condiscípulos, «teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible». Cree que le han faltado mentor y émulos; en realidad, su mejor guía era su pasión; su amor por la verdad, su más poderoso aguijón.

El conocimiento, a ojos de sor Juana, no debe confundirse nunca con un saber parcelario —y ésta es una de sus ideas mas modernas, a pesar de su trasfondo religioso. Insiste mucho en este punto: «...y quisiera yo persuadir a todos con mi experiencia a que no sólo no estorban (estas disciplinas), pero se ayudan dando luz y abriendo camino las unas para las otras, por variaciones y ocultos engarces —que para esta cadena universal les puso la sabiduría de su Autor—, de manera que parece *se corresponden y están unidas con admirable trabazón y concierto*[9]». A su manera, sor Juana había descubierto la correspondencia universal.

Sor Juana no sólo pasa el tiempo leyendo y escribiendo; nada es ajeno a su curiosidad, o más bien a su constante *asombro.* Un día, nos confía, una madre superiora «muy santa y muy cándida», creyendo que el estudio era cosa de inquisición, le prohibió abrir un libro durante tres meses. Sin provecho alguno, comenta la religiosa, pues aún cumpliendo esta orden, no dejaba de aprender a través de la observación y la reflexión: «Estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal». No es sólo que haya secretas correspondencias entre todas las disciplinas del saber: el mundo entero es un libro abierto. Al ver a unas niñas jugando con un trompo, sor Juana no puede

[9] *El subrayado es mío.*

evitar reflexionar sobre las formas geométricas y las leyes del movimiento; es más, se entrega a pequeñas experiencias científicas, al hacer tamizar la harina, por ejemplo, para comparar los círculos obtenidos con los de la peonza y analizar las diferencias en términos de dinámica. Si mira a otros niños jugar con agujas, no puede dejar de interrogarse sobre las figuras que se forman al azar y, fijándose en un triángulo, lo asocia enseguida con el anillo misterioso de Salomón o el arpa de David. Analogía universal: son sólo los árboles los que dejan oír «confusas palabras».

Sor Juana no deja de asombrarse —y de asombrarnos—. Así, cuando hace alusión a las «razones y delgadezas» que «ha alcanzado dormida mejor que despierta». ¡Qué pena que se detenga ahí, temiendo cansar a su interlocutor! Pero, si no se detiene en el capítulo de los sueños, nos hace en cambio compartir el fruto de sus observaciones culinarias, pues «Señora, ¿qué otra cosa podemos saber las mujeres, sino filosofías de cocina?». Si, incluso las recetas prosaicas le revelan «secretos naturales». Por otro lado «si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito». Decididamente, sor Juana no tenía nada que ver con cierto tipo de intelectual afectada, altiva y estirada. Su cultura, su frescura y su naturaleza evocan más bien a nuestra *Belle Cordière* de Lyon, Louise Labbé.

Ignoro si, como es usual en la tradición clásica, sor Juana tenía costumbre de inscribir una divisa en la página del título de sus libros, pero hay una proposición de san Juan Crisóstomo que aflora a cada página de la *Respuesta: Calumniatores convincere oportet* (a los calumniadores hay que convencerles). El punto de partida de la argumentación de la religiosa es la famosa frase que se veía, todavía no hace mucho, a la entrada de algunas iglesias: *Mulieres in ecclesia taceant* (las mujeres callen en las iglesias). No solamente se ha mutilado la cita, afirma sor Juana, sino que además ha sido extrapolada. Explica, basándose en la *Historia eclesiástica de San Eusebio*, que esta exhortación data de la Iglesia primitiva, de la época en que las mujeres se enseñaban mutuamente la doctrina, en los templos, y donde el ruido que producían estorbaba la predicación de los apóstoles. Ahora bien, estas palabras, aisladas de su contexto, dan lugar a múltiples paralogismos y sofismas cuya conclusión es un principio intocable: la mujer no tiene derecho a la palabra, en la iglesia, porque no entiende nada de las cosas divinas. Si existe, en lingüística, una «ley del mínimo esfuerzo», nada tan normal como ver la proposición todavía abreviada, para reducirse a esta aserción que muchos consideran un axioma: la mujer debe callarse porque no sabe nada.

No empleo los mismos términos que sor Juana, naturalmente, pero este es sin embargo el trasfondo del problema, el «núcleo irrompible». Pues segun esta lógica sistemáticamente tergiversada, si la mujer no sabe nada,

es porque evidentemente (y eternamente) su sexo es incompatible con el saber. De ahí que ¿por qué diablos darle acceso? ¿Y cómo por tanto, imaginar que una criatura cuya ignorancia es consustancial podría no sólo pensar, sino escribir, *opinar*? El único derecho de la mujer, por emplear las palabras de Rabelais, es «asentir como un fraile en la Sorbona», tanto ante su confesor como ante su dueño y señor.

He aquí la opinión común que sor Juana, lenta y prudentemente, pero también firmemente, desmonta piedra a piedra. No solamente la Iglesia no prohibe a las mujeres estudiar y escribir, sino que tanto san Pablo como san Jerónimo insisten en la necesidad de instruir a las mujeres. Y la religiosa, a su vez, se convierte en apologista de la educación de las jóvenes[10]. En cuanto al don poético, «ha buscado muy de propósito cuál sea el daño que puedan tener (los versos)» y no « lo ha hallado». La Iglesia nunca ha menospreciado esta práctica; al contrario, la ha utilizado con profusión. «Pero ¿por qué fatigarme?» dice de repente la religiosa, y la frase es muy significativa. En un libro de nuestro siglo XX, las *Memorias de una joven formal,* el padre de Simone de Beauvoir declara: «Qué pena que Simone no sea un hombre: ¡podría haber hecho el Politécnico!» Sor Juana presiente que la razón es ajena a este conflicto de poder, al sistema de convenciones del orden establecido. No es a ella a quien se está poniendo en cuestión, es al conjunto de las mujeres. Si tiene un momento de flaqueza y se pregunta para qué continuar, es porque ha visto desfilar mentalmente, como en un vértigo, una serie de frases en las que la razón queda *sepultada*: ¿por qué la mujer no tiene ni voz ni voto? Porque es mujer. Esto no es una razón. Pero, precisamente, el único principio es la petición de principio, el último baluarte del Padre: es así porque es así. La razón masculina se confunde con la razón de Estado.

El saber es peligroso por esencia. Esto es lo que sor Juana se resiste a admitir. De lo contrario, su argumentación se derrumbaría como un castillo de naipes. Pero sufre mucho por su singularidad. En efecto, mientras que no la vemos nunca lamentarse sino de sí misma, hela aquí que ya no se anda con rodeos contra los fariseos y los mediocres —y contra su alergia a toda distinción. Ya entre los atenienses la virtud de los mejores causaba a menudo su ostracismo y, comenta la mexicana, «algunas veces me pongo a considerar que el que se señala —o lo señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer— es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban». Y encuentra ejemplos de este «odio enojado» al talento y a la virtud tanto en la vida de Cristo como en los tratados de Gracián o en las máximas del «impío Maquiavelo». Aquí, la reserva y la circunspección de sor Juana dan paso a la justa cólera y la

[10] *En aquella época, en Francia, la instrucción femenina era igualmente lamentable. Las sugerencias de sor Juana en el terreno pedagógico presentan muchos puntos en común con las reformas que llevaban a cabo por entonces las religiosas de Port-Royal.*

indignación: «¡Hacer cosas señaladas es causa para que uno muera!» En efecto, precisa, el que más sabe es más vulnerable, «pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve, y el entendimiento no, mientras es mayor es más modesto y sufrido y se defiende menos». La inteligencia es una provocación y la *diferencia* sólo atrae insultos y pullas: «una cabeza que es erario de sabidurías no espere otra corona que de espinas». Y en los *villancicos* se encuentra en estos versos que celebran a uno de los modelos de nuestra autora, la gran Catarina de Alejandría:

> Porque es bella la envidian,
> porque es docta la emulan;
> ¡oh qué antiguo en el mundo
> es regular los méritos por culpas!

Sin embargo, como he dicho más arriba, sor Juana no podía llevar este razonamiento hasta sus últimas consecuencias, so pena de socavar su alegato. También explica todas las molestias que pudo sufrir («la ristra de rivalidades y persecuciones» que despertó) únicamente por envidia y celos. Pero sabemos (y ella lo debió entrever) que el mal es más profundo. La conciencia crítica no puede conciliarse con ninguna ortodoxia, antigua o moderna, religiosa o ideológica, pues reemplaza las certidumbres por cuestiones, y los dogmas por hipótesis. Como la Belleza en el verso de Chavée, el saber está amenazado porque es amenazador.

Por desgracia, pero cabía esperárselo, la conclusión de la *Respuesta* es digna del exergo: llena de rodeos, enmarañada —y poco convincente. Si hemos de creer lo que dice, sor Juana no habría escrito por satisfacción propia «si no es un papelillo que llaman El Sueño». Para todo lo demás, afirma, «no sólo mi nombre, pero ni el consentimiento para la impresión ha sido dictamen propio, sino libertad ajena que no cae debajo de mi dominio». Acaba refugiándose en algunos escritos laboriosamente devotos que pudo hacer y asegurando su obediencia, su humildad, su total sumisión. Evidentemente no engaña a nadie.

Es entonces cuando los acontecimientos se precipitan. Hemos visto que la respuesta estaba fechada en marzo de 1691. Algunos meses más tarde, tras lluvias incesantes, se pierden todas las cosechas del país. El hambre y las especulaciones provocan graves tumultos en México. Quedan desacreditados el virrey y la corte, lo que permite el reforzamiento del poder de la Iglesia, y, sobre todo, de los jesuitas, que ya gozaban en el imperio español de un *status sui generis*. En México, la Compañía de Jesús no jugaba solamente su papel habitual en la enseñanza, sino que tenía también una influencia preponderante sobre la Iglesia y el Estado, a través del padre Aguiar y Seijas, arzobispo de la capital. La polémica suscitada por la *Carta*

atenagórica y la *Respuesta* habían puesto a sor Juana en una situación muy delicada; esta nueva coyuntura le asestará un golpe fatal. Hasta entonces, en efecto, la religiosa había sacado partido del equilibrio de poderes, gracias a diversos apoyos en el seno del gobierno y del clero. Y de repente todo se derrumba: no solamente sus protectores de la corte no pueden hacer nada por ella, sino que enseguida pierde uno de sus más poderosos apoyos, el marqués de la Laguna, que muere en España. Queda ahora a merced de su enemigo jurado, el arzobispo Aguiar y Seijas.

El arzobispo de México era feroz y abiertamente misógino[11]. Para él, sor Juana merecía una doble condena: en tanto que mujer y en tanto que religiosa. No contenta con provocar alborotos (cosa que el clero no aprecia: «Maldito aquél por el cual llega el escándalo») se había permitido criticar el sermón de Vieyra. Ahora bien, el arzobispo de México era amigo del jesuita portugués —que le había dedicado dos volúmenes de las traducciones españolas de sus homilías. Con la publicación de la *Carta atenagórica*, sor Juana le infligía una afrenta. Y eso no es todo: Aguiar y Seijas era rival del obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, el editor de la religiosa... Todo está dispuesto para el último acto.

En el invierno de 1692, sor Juana recibe el segundo tomo de la tercera edición de sus *Obras*, publicado en Sevilla (el primero había aparecido en Barcelona en 1691). Será su último libro. En 1693, por medio del poderoso jesuita Núñez de Miranda, confesor de sor Juana (era también director espiritual del virrey y de la virreina), el arzobispo persuade a la profesa de renunciar a las letras. El 5 de marzo de 1694, probablemente constreñida y obligada, firma un documento que causa consternación: «Protestación, sellada con mi sangre, que hizo con su fe y con su amor a Dios la madre Juana Inés de la Cruz en el momento de abandonar los estudios humanistas para proseguir, desembarazada de este compromiso, por la vía de la perfección». Un año más tarde, una epidemia azota al convento de San Jerónimo; sor Juana se contagia mientras cuida a sus hermanas y muere el 17 de abril de 1695, a la edad de cuarenta y seis años. La profecía de los villancicos para Santa Catarina se cumple:

> Perdióse (¡oh dolor!) la forma
> de sus doctos silogismos;
> pero, los que no con tinta,
> dejó con su sangre escritos.

***

Es asombroso que la crítica francesa no haya establecido semejanzas entre la controversia provocada por la *Respuesta* y la disputa del *Roman de la Rose*, a finales de la Edad Media. Esta última ha sido objeto de

[11] *Agradecía a Dios el haber nacido miope, lo que le ahorraba la vista del sexo débil.*

muchos trabajos universitarios. Pero lo interesante no es tanto la disputa como el lugar que ocupó en ella Cristina de Pisán: la primera feminista de las letras francesas. Naturalmente, me limitaré sólo a señalar unas cuantas pistas.

Cristina de Pisán nació en Venecia en 1365. Tres años más tarde, su padre, el astrólogo y médico Thomas Pisani, célebre en los medios científicos, se instala en Francia donde es nombrado consejero privado del rey Carlos V. En su libro de recuerdos, *L'Avision Christine*, la poetisa nos cuenta que su padre, que era también gramático y filósofo, «no creía que las mujeres valieran menos para las ciencias». Recibe, por tanto, una sólida instrucción básica, para desesperación de su madre, que considera de mal augurio su inclinación por las letras. A los quince años, Cristina se casa con Étienne de Gastel, que se convertirá en secretario del rey. Su unión es feliz y Cristina, a lo largo de toda su vida, defenderá la institución del matrimonio.

Hasta aquí no hay nada en común entre Cristina y Sor Juana, salvo el don poético. Pero en 1380 Carlos V muere; en 1387 le llega el turno a Thomas, el padre, y en 1390 a Étienne, el marido. «Solita me dejó mi dulce amigo»*: a los veinticinco años, Cristina, madre de tres niños, se encuentra sola y casi sin dinero. Sin embargo, conseguirá enderezar la situación financiera de su familia y completar su formación de manera autodidáctica: «Historia, filosofía, ciencias, todo le apasiona: pero detesta la falta de dirección en sus estudios»[12]. Nunca dejará de instruirse o más bien, como ella misma escribía, de «picotear en los bellos libros y volúmenes».

Ahora, los paralelos entre la francesa y la mexicana se empiezan a multiplicar. Cristina se niega a encontrar en un nuevo matrimonio la solución a sus problemas pecuniarios. De 1400 a 1406 escribe quince obras que vende en copias lujosas a ricos coleccionistas. Bajo la influencia de Eustache Deschamps y de Guillaume de Machault, el autor de la primera misa polifónica, compone muchos libros en verso, como las *Cent ballades d'Amant et de Dame*[13], que son apreciadas en la corte. Su reputación atraviesa las fronteras. Entra al servicio del duque de Orléans y compone *La Mutation de Fortune*, una alegoría de 25.000 versos donde condensa sus conocimientos enciclopédicos, y que conoce un inmenso éxito. Los encargos afluyen de todas partes y Cristina vive cómodamente de su pluma. Abandona la corte de Orléans por la casa de Borgoña y acepta escribir, por iniciativa de Felipe II el Intrépido, la biografía de Carlos V. Se convierte en la primera mujer cronista. La querella del *Roman de la Rose*, entre 1401 y 1403, le inspira igualmente dos obras feministas: La *Cité des Dames* y el *Livre des trois Vertus*. En 1406 termina *L'Avision Christine* donde mezcla, en un tono familiar, las reflexiones filosóficas y morales con sus memorias.

* *«Seulette m'a mon doulz ami laissiée».*

[12] *M. Albistur y D. Armogathe,* Histoire du féminisme français, *2 vol., París, Editions des Femmes, 1977.*

[13] *Christine de Pisan,* Cent ballades d'Amant et de Dame, *texto establecido y presentado por Jacqueline Cerquiglini, Paris, U.G.E., Bibliothèque Médiévale, 1982.*

* *Seulete m'a mon doulz ami laissiée.*

Entonces, el empobrecimiento de la corte la hunde de nuevo en dificultades materiales. En 1419 huye del París insurrecto y encuentra refugio en una abadía. Su último consuelo será la entrada en escena de Juana de Arco. Muere hacia 1430.

Si he recordado brevemente los principales jalones de la vida de Cristina de Pisán es porque, para empezar, presenta numerosos rasgos comunes con la de sor Juana, y sobre todo, porque también la poetisa francesa tuvo el coraje de entrar en liza para defender al «femenino sexo». En efecto, más de un siglo después de la publicación de la segunda parte del *Roman de la Rose*, contra el cual pocas voces habían osado levantarse, Cristina publica su *Épître au Dieu d'Amour* donde critica duramente la misoginia triunfante. Las diatribas dirigidas contra las mujeres casi se habían convertido en una moda literaria desde el siglo XIII, con sátiras virulentas como *La Veuve* del goliardo Gautier Le Leu. La degeneración del amor cortés en manierismo languideciente había dado lugar a una literatura de barrio. Hay que decir que entre el *fin'amor* de los trovadores y la cortesía de los troveros, había ya *todo un mundo*: la civilización albigense, aniquilada por el poder central. Sea como fuere, en la primera parte del *Roman de la Rose*, si pasamos por alto una cierta afectación, Guillaume de Lorris se mantiene fiel al ideal de *trobar* de los grandes poetas meridionales. En cambio, en los 18.000 versos que compone a finales del siglo XIII, para «completar» la obra de su predecesor, Jean de Meung se hace apóstol de una visión así llamada realista del amor y de la psicología femenina —y no se anda con chiquitas. El *Roman de la Rose* conoció un inmenso éxito, en Francia y en el extranjero, como testimonian las múltiples traducciones (especialmente la de Chaucer, perdida casi totalmente). En el siglo XV la obra era todavía un libro de cabecera —y lo seguirá siendo mucho después.

Jean de Meung había hecho uso —y abuso— de su franqueza al hablar; a su vez, Cristina no se anda con rodeos. No es la condesa de Winchelsea: en lugar de quejarse y llorar por la suerte de las mujeres, da golpe por golpe. A sus ojos, los que piensan como Jean de Meung no han frecuentado nunca más que a rameras. Y si la mujer se muestra débil ¿no es el hombre quien la incita a ello, para enseguida burlarse? El *Arte de amar* de Ovidio no es más que un «arte de engañar». Cristina ruega también al Dios del Amor que acabe con todas las vejaciones que sufre la «mitad» del hombre. Como han señalado Maïté Albistur y Daniel Armogathe, su alegato es un ensayo de «rehabilitación moral» de la mujer[14].

Épître au Dieu d'Amour tuvo una gran repercusión —y la polémica se envenenó rápidamente. Dos autoridades del momento, Jean de Montreuil (preboste de Lille) y Pierre Col (consejero del rey) son los artífices

[14] Histoire du féminisme français, *tome I, op.cit.*

principales del contraataque. Jean de Montreuil redacta para empezar tres cartas (sin destinatario) donde no menciona siquiera el nombre de Cristina de Pisán (procedimiento milenario), pero donde alaba el *Roman de la Rose y critica* «de antemano» a todos aquellos que no compartan su punto de vista. En el colmo de la soberbia, conjura a sus ocasionales adversarios a abjurar en el acto.

Por su lado, Cristina encuentra un apoyo en Jean de Gerson, canciller de la universidad, exégeta de Ruysbroeck y predicador apreciado por los soberanos, que reprueba igualmente, en sus sermones, la obra de Jean de Meung. Valiéndose de este apoyo, Cristina responde a Jean de Montreuil en un tono mordaz: «Digo de nuevo, y replico y triplico, tantas veces como quieras, que el así llamado superfluo *Roman de la Rose* puede ser causa de mala y perversa exhortación». De repente, Pierre Col atrapa la ocasión por los pelos... No le seguiremos en sus argumentos falaces. Digamos simplemente que el asunto, poco a poco, se fue quedando en agua de cerrajas y que si Cristina fue la única que lo sufrió, no fue nunca obligada a retractarse. ¡Pero veamos! Era mucho mas astuto ir imponiendo el silencio.

Si se compara esta querella con la agitación que causó la *Respuesta* de sor Juana, se deben hacer dos observaciones. En primer lugar, hay que señalar que las dos mujeres comprendieron perfectamente que no se trataba, ante todo, de un asunto personal, y que las argucias que se les oponían no se debieron tanto a sus ideas como a su sexo. Ambas hicieron también de su defensa, la apología de la mujer. Y este comentario conduce a un segundo: el más violento reproche que se les dirigió fue haber olvidado «la modestia que corresponde a su sexo» (Pierre Col). Tanto en un caso como en el otro, y por razones que hemos analizado más arriba, cometieron un crimen imperdonable: haber hablado sin estar autorizadas a ello, es decir, haber *tomado* la palabra.

Con dos siglos y medio de intervalo, en sociedades muy diferentes, dos mujeres siguen el mismo camino: tanto la una como la otra compartieron el culto al saber y el amor a la verdad (y no a la inversa); tanto la una como la otra lucharon para asegurarse su independencia y defender sus derechos, como mujeres y como escritoras; en ambos casos, conocen al principio la fama y se benefician de la protección de los poderosos, para verse a continuación denigradas y abandonadas; por último, son tanto la una como la otra, la *primera,* es decir, que en ausencia de una tradición en la que apoyarse, se condenan a los ojos del mayor número al fundarla— y su condena se convertirá en fuente de luz. Sor Juana y Cristina de Pisán han sentado las bases del feminismo moderno, tanto en Europa como en América, prefigurando tan bien las intuiciones de una Flora Tristán como las tesis de Virginia Woolf o los teoremas del *Segundo sexo*.

Acababa de terminar estas líneas cuando, ojeando mecánicamente la *Respuesta* de sor Juana, he encontrado esta confidencia del autor de la *Vulgata:* «Testigo es mi conciencia de cuánto trabajo tuve, cuántas dificultades sobrellevé, cuántas veces desesperé y cuántas veces desistí y empecé de nuevo por el empeño de aprender; tanto la mía —que lo ha padecido— como la de aquellos que conmigo han vivido». Entonces, pensando en el destino de la religiosa mexicana, como en la heroína del cuento de Perrault que osa franquear la puerta prohibida, he escrito los versos que siguen; ojalá que la modestia de la Décima Musa, *más allá de la muerte*[15] no se ofusque demasiado:

Juan del Jordán
el que bautizó a Dios;
Juan de Patmos,
el exiliado interior;
Juan Pico de Oro,
el tribuno;
Juan de Castilla
grito en la noche;
Juana de la Cruz Misteriosa:
el Silencio.

Jean-Claude Masson

(Traducción de Maite Méndez Baigen)

[15] *En español en el original, citando a Quevedo.*